

BIBLIOGRAFÍA

Jorge A. Aja Espil, "*El mundo en la década del 80 (Testimonio de la vida internacional)*", Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales —CARI—, Buenos Aires, 1991.

El autor ha recopilado sus múltiples artículos periodísticos referidos a salientes acontecimientos de la vida internacional, en el decenio 1980/90. Logra así un impresionante y seductor mosaico temático que abarca, entre otras varias cuestiones de máximo interés, aspectos de la política estadounidense; de la soviética en el marco de la disputa Este Oeste; la nueva dimensión europea; la dualidad conocida como Norte-Sur o de riqueza y pobreza entre las naciones. Por último analiza, con particular agudeza, la política exterior argentina en el breve período indicado.

Pese a la diversidad y pluralidad de enfoques, en los que se ha detenido, con erudicción y elegancia; la atención del articulista, es de destacar la unidad que da cimiento a esta útil selección de reflexiones sobre importantes hechos del acontecer contemporáneo. Se presta con ello un necesario complemento a la producción científica y sistemática llamada a recoger los cambios que registran, en este movido fin de siglo, la política y el derecho internacionales.

Aja Espil se desempeñó como Embajador Argentino en Washington durante los años 1976/81, vale decir ha sido testigo directo de los hechos políticos que se sucedieron en la gran nación del Norte en aquellos momentos, algunos de los cuales motivan su comentario a lo largo de los cuatro capítulos iniciales que conforman una de las grandes divisiones del libro.

Se inicia con la presidencia de J. Carter a quien presenta, desde el punto de vista de la política exterior norteamericana,

como símbolo de la impotencia o la "frustración de un idealista", acotando, al respecto, que "fue un personaje diferente, sombrío y acosado, el que ví y escuché en la apertura de sesiones del Congreso, el 21 de enero de 1980, cuando leyó el 'State of the Union', es decir el mensaje presidencial a la Nación en el que anunció su nueva doctrina". Centrada ésta en la "filosofía absoluta de los derechos humanos" que demandaba, implícitamente, del Estado, ser el "testigo mudo de su destrucción por grupos terroristas subversivos, nacionales e internacionales". Eco lejano de la doctrina política de Woodrow Wilson, cuyo idealismo suponía anteponer principios morales al interés nacional.

A partir de la experiencia Carter, el autor realiza un penetrante análisis de los vaivenes de la política exterior norteamericana, a saber: entre el idealismo de Wilson y sus émulos y el realismo que importa privilegiar el ejercicio del poder conforme a las exigencias de la realidad política. Trae a colación la doctrina pragmática inspirada en el filósofo William James para concluir que "lo que el pragmatismo le pide al idealista es que en su fervor no ignore los límites que le impone la realidad política". Es decir idealismo y realismo coincidiendo en una solución armónica; política pragmática que, según el autor, caracteriza la conducta internacional de los Estados Unidos en la que destaca dos notas sustantivas, moralidad y poder.

El sucesor de Carter, Ronald Reagan, resulta ser la antinomia de aquel idealismo ingenuo. Trajo a la política exterior norteamericana elementos efectivos a favor de la seguridad del Estado sin perder por ello la visión moral y ética que orienta a la Justicia en el obrar. Resáltase el protagonismo alcanzado por la delegada de los Estados Unidos ante la Organización de las Naciones Unidas, Jeane Kirkpatrick, en el debate ideológico de la política internacional, para quien, según Aja Espil, "la seguridad de los Estados Unidos debe juzgarse como un imperativo moral". Esa seguridad nacional peligró frente a las crisis centroamericana y del caribe por lo que, siguiendo el pensamiento de la señora Kirkpatrick, la necesaria moral de la política debía armonizarse con el interés nacional cuya protección incumbe al gobierno. Concretamente, en el campo de los Derechos Humanos debía acudir a la fuerza para la mejor defensa y expansión de los mismos. "Los objetivos —reflexionaba Kirkpatrick— eran la modera-

ción y la democracia y los resultados fueron Khomeini y los hermanos Ortega”.

Al margen de lo expuesto, otros extremos con los que Reagan amenazaba en su política exterior fueron denunciados por el Episcopado Católico Norteamericano en la “Carta Pastoral sobre la Paz y la Guerra” dada en Chicago en 1983. Cuestionaba, severamente, el rearme nuclear apoyado por el presidente no bien iniciado su mandato. Dos ilustrados artículos —“La Iglesia de la Paz” y “De la Guerra Justa y de Disuasión”— informan de la gravitación política alcanzada por la jerarquía católica de los Estados Unidos, al declarar “moralmente inadmisibles la amenaza nuclear de guerra, para crear una suerte de paz y reprueba su justificación en la antigua fórmula romana: si quieres la paz prepárate para la guerra”.

Reagan batió un sentimiento hondamente arraigado en la conciencia del pueblo norteamericano: el patriotismo, salvaguarda de la esencia y tradición de la Nación. Más allá de ello, insufló una suerte de revolución conservadora (así la califica Guy Sorman) que, en el aspecto económico, implicó asociar a los valores del conservadorismo un modelo liberal, derrotando así la política keynesiana que lo precediera. Nuevamente interviene la Iglesia Católica advirtiendo “sobre ciertas fallas del sistema capitalista que aún no ha logrado satisfacer necesidades humanas imprescindibles”. Resulta de fundamental interés la respuesta que dio el empresariado católico cuestionando muchas de las conclusiones del Episcopado Norteamericano, a través de la voz, sobradamente autorizada, del filósofo y teólogo católico Michael Novak, sobre la base de que aquella hacía una sobreestimación de la función del Estado en detrimento de las bondades de la economía del mercado. Aquí el autor justifica la preocupación de la Iglesia por “las diferencias económicas, sociales y culturales que aún gravitan en la sociedad norteamericana”.

Le sucedió a Reagan, en la Casa Blanca, George Bush, quien no obstante marcar diferencias de estilo con su antecesor, traía en su mandato el consolidar el legado conservador de aquél. Fue así como logró poner fin a la “Guerra Fría” cimentando con Mikhail Gorbachov la amistad y buena predisposición que había tenido su acta bautismal, con Reagan, en las reuniones cumbres de Ginebra, Reykjavik y Washington.

La irrupción de M. Gorbachov en el campo internacional trajo consigo el comienzo de una política de cambios en la

Unión Soviética con profunda repercusión en el resto del mundo. El incipiente rechazo de los soviéticos, en la década 1970/80, hizo blanco en el sistema político socialista-marxista perfilando un cambio social, económico y cultural que hizo eclosión en 1985 al asumir Gorbachov la Secretaría General del Partido Comunista. Soplaron entonces ráfagas de democracia en el abigarrado ámbito interno de la U.R.S.S. que incidieron en el panorama político de todo Occidente. No tan sólo se operaba la reforma del comunismo sino que se precipitaba la marcha vertiginosa hacia su abolición total que habría de culminar el 9 de noviembre de 1989, fecha capital de la historia, con el derrumbamiento del odioso símbolo del Muro de Berlín.

Las visitas de Gorbachov a Pekín en mayo de 1989 y a Berlín en el subsiguiente mes de octubre, marcaban el agotamiento doctrinario del socialismo marxista e inducían la pacífica conducta de la U.R.S.S. "fuera de sus confines", expresión ésta que el autor pone en boca de Henry Kissinger. El líder soviético, que se niega a emplear la fuerza frente a manifestaciones antisocialistas y aun antisoviéticas, es consagrado como un exponente trascendente de paz haciéndose merecedor del correspondiente premio Nobel, conferido el 10 de diciembre de 1990.

La nueva diplomacia de la Unión Soviética alcanzó protagonismo relevantes bajo la conducción de Eduard Shevardnase. En sus más de cuatro años al frente de las relaciones internacionales proyectó un lenguaje conciliador en todas las cancillerías del mundo. Reprobó severamente la invasión a Afganistán por haberse vulnerado los Derechos Humanos. Se indujo la autocritica del Pacto de Varsovia en diciembre de 1989, e igualmente mereció condena, del Canciller ruso, la represión de la "primavera de Praga" o sea la bruta masacre de Checoslovaquia.

Mientras Gorbachov mantiene el liderazgo de la incipiente democracia del Este europeo comienza a reajustarse el mapa político de la región. Se abre una nueva dimensión europea consistente en lo que el "Institut Français de Relation International" califica como relación Atlántica, es decir la comunidad de Europa con los Estados Unidos, reacción positiva ésta resultante de la presencia de Gorbachov en el plano internacional. Se impone, entonces, una tendencia unificadora cuya expresión más visible es la Comunidad Europea, en pro-

cura de una fusión de gobiernos y principios de uniformidad supranacionales.

Recuerda Aja Espil que, en octubre de 1985, el Secretario de Estado de la Confederación Suiza, Edouard Brunner anticipaba, en sesión del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), "una nueva Europa sin otros límites que el Atlántico y los Urales".

Incursiona luego, el autor, en la relación "Norte-Sur", según denominación del Canciller alemán Willy Brandt, en su afamado informe (diciembre 1979), voz cantante de la "Comisión para problemas Internacionales del Desarrollo", constituida en apoyo de los países pobres. La comisión citada incluía, por primera vez, tanto a representantes de los países desarrollados cuanto de los denominados subdesarrollados.

Aja Espil se remonta a los antecedentes de esta preocupante cuestión, compleja y decepcionante, como la calificara el mencionado informe Brandt. Ella radica en la iniquidad que separa a los países ricos de los países pobres, "pequeños reductos de riqueza y desarrollo y extensas zonas de miseria y subdesarrollo", resultados de la desmembración del colonialismo. La región Afroasiática y parte de Latinoamérica, que suman las tres cuartas partes del mundo, es genéricamente denominada "Sur" o "Tercer Mundo", en la verba internacional. De allí se desprende su expresión política en el llamado "Grupo de los No Alineados" que se erige en un frente hostil a los Estados Unidos. Inexplicablemente la Argentina se asoció a aquél lo que significó, según el ilustrado autor, "un desplazamiento del centro de gravedad de nuestra política exterior. Se tomó distancia de nuestra tradición jurídica y política para aproximarse a móviles e intereses que no se identifican con los nuestros... La Argentina, maestra de sí misma, no debió apartarse de sus orígenes y tradición histórica, que le dieron una personalidad propia y una altiva independencia en el manejo de su política exterior". Hoy el error ha sido salvado y nuestro país milita frente a los países más desarrollados de la Tierra.

Cerramos nuestro comentario a este importante libro de Aja Espil, con un vistazo al conjunto de sus artículos sobre la Argentina y su política exterior. Ha caracterizado a ésta, como constante nacional, una cierta resistencia a todo enclaustramiento de naturaleza internacional, que en términos de filosofía criolla se traduce en el consabido "no te metás". De ahí

el perfil de neutralidad, a partir de la Primera Guerra Mundial, adoptado por el gobierno de Victorino De La Plaza y luego por el presidente Hipólito Yrigoyen en 1916, que con retórica poco clara intentó adaptarse a los principios del wilsonianismo, a los que nos hemos referido precedentemente. Más adelante aquella neutralidad definida como "abstención e imparcialidad" habría de deslizarse a una concepción "neutralista", "o sea a una posición intermedia que terminó por irrum-pir en un tercerismo perturbador".

En la década de 1970 se registran cambios en la política exterior argentina. De 1973 hasta comienzos de 1976 se promueve e intensifica la relación con los países del Este europeo y con Cuba, incorporando al país al Grupo de los No Alineados. En cuanto a la "faz castrense" que va desde 1976 en adelante (1983) se inspira en una definición occidentalista de acentuado liberalismo y "en un claro entendimiento con el capitalismo internacional".

En 1982 estalla el conflicto de Malvinas. Este tema, de primerísima importancia para nuestro país, es tratado con notable precisión en ilustradas y apretadas notas que, pese a su concisión periodística, proporcionan una completa visión de nuestro antiguo pleito con Gran Bretaña. Se analizan los antecedentes más inmediatos de la cuestión, a partir de la IX Conferencia de Bogotá de 1948 en el seno de la Organización de los Estados Americanos y posterior tratamiento en el ámbito de Naciones Unidas. En 1960 se dicta la Resolución 1514 que apunta a la "concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales". Le siguió la Resolución 2065 del año 1965, en la que ya se admite una "disputa sobre la soberanía de las islas Malvinas", debiendo tenerse en cuenta "los intereses de los isleños" y "llevar a cabo negociaciones directas". A este respecto anota el autor que "es necesario señalar la trascendencia de la instancia directa que propicia dicha Resolución". Sobre esa base Gran Bretaña se avino, en 1965, a la iniciación de negociaciones, frustradas en 1973. El proceso culminó negativamente, el 14 de enero de 1976, con el retiro, por parte del gobierno argentino, de su embajador en Londres. La amenaza que significaba la presencia de naves de guerra británicas en las inmediaciones del archipiélago movió al Comité Jurídico Interamericano, de la Organización de los Estados Americanos, con sede en Río de Janeiro, a enmarcar el sentimiento jurídico de América en una declaración que, entre

otras conclusiones, reconocía el derecho inobjetable de soberanía de la República Argentina sobre las islas Malvinas. Suscribió dicho documento, por la Argentina, el Dr. Jorge A. Aja Espil. El 28 de abril de 1982 los países latinoamericanos ratificaron esa declaración y haciendo del conflicto un problema que afectaba a toda América, reclamaron una solución pacífica urgiendo una tregua en la lucha armada, entre la Argentina y Gran Bretaña, abierta el 2 de abril de 1982.

No es ajena a la atención del autor lo que califica de "equivoca posición del gobierno de los Estados Unidos", a través de los buenos oficios de su Secretario de Estado, Alexander Haig. La gestión de una solución pacífica, por parte del nombrado Secretario de Estado, cambió abruptamente al alinearse y ofrecer apoyo a Gran Bretaña, con lo que daba la espalda al Órgano de Consulta y a la solidaridad americana.

Tras ajustada semblanza del Papa Juan Pablo II y al sentimiento de su viaje a la Argentina en 1982, el autor pone fin a sus reflexiones sobre la espinosa cuestión, con un comentario respecto a la visita oficiosa a Londres, en 1986, de cuatro parlamentarios argentinos que, en actitud conciliatoria, fueron a "reunirse con sus colegas ingleses a fin de cambiar ideas sobre alternativas que permitan superar el grave conflicto que sigue afligiendo a ambos países".

Dos aspectos claves interamericanos, que atañen a puntos conflictivos en nuestra política exterior, los constituyen las relaciones con Chile y el Brasil. La antigua cuestión limítrofe, con la república nombrada en primer término, es vista a través de los años 1984/85. Se trata de los epígonos finales de la cuestión del Canal de Beagle. Implícitamente se objeta la consulta popular del 25 de noviembre de 1984 a cuyo veredicto inclinóse la Cámara de Diputados de la Nación obviando "el debate de alto vuelo" que obligaba el mecanismo institucional. Pendiente del pronunciamiento del Senado, el autor incita a "un debate fecundo" que supere "las sombras e interrogantes que se desprenden del llamado Tratado de Paz y Amistad con la República de Chile".

En cuanto al Brasil se refiere, las relaciones se encuadran en una secuencia de disidencias y coincidencias, primordialmente económicas, a saber, varios incidentes pesqueros dentro del mar argentino, las diferencias en torno a las represas de Corpus e Itaipú, las denuncias de "dumping" y amenazas de extorsión contra exportaciones subsidiadas de productos

brasileños, la controversia del uso de los ríos internacionales y la competencia de relaciones internacionales en el sentido Sur-Sur. En cuanto a las coincidencias se menciona el acogimiento a la fórmula de "países intermedios", en lo económico como en lo político, la valoración de la paz como condición de progreso, la solidaridad con los países del Continente y el respeto al principio de "no intervención". Finalmente, tras los programas de integración bilateral, se busca en nuestros días la efectivización de un mercado común.

Quedaron varios capítulos de este enjundioso libro al margen de la reseña emprendida. Es por demás variado y múltiple el temario merecedor, por su interés y el engarce en la trama unitaria de la obra, de prolija mención. Pero hacerlo excedería los límites que impone la naturaleza del presente comentario. Nos hemos circunscripto, pues, a una somera visión de los puntos que estimamos más salientes en la estructura propuesta por el autor.

Sólo resta expresar que el Dr. Jorge A. Aja Espil ha puesto, una vez más, de resalto su honda vocación por los temas más acuciantes de la política internacional de nuestro tiempo. Lo hace con auténtico talento de jurista sumado a su experiencia de fino y sagaz diplomático.

MANUEL E. MALBRÁN